

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

MAYO.—NÚM. 8 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V.—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Aves de paso, por M. Strum.—Canto á la Pátria por B. L. G.—Calvario y redención, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Salir de la tumba, por P. F.—Sección doctrinal, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

HISTORIA NATURAL.

AVES DE PASO: SUS EMIGRACIONES.

La mayor parte de las aves que en el verano hallaban su habitación y sustento en nuestras campiñas, en nuestros jardines y bosques, abandonan en otoño los climas que no sufren ya á sus necesidades, y se van á otros países. Son muy pocas las que pasan el invierno con nosotros, como la oropéndola, el trepador, la corneja, el cuervo, el gorrion, el reyezuelo, la perdiz y el zorzal: de las otras se ausentan las mas, ó nos dejan del todo.

Algunas especies, sin tomar su vuelo muy al-

to y sin partir juntas, caminan poco á poco hacia el Sur, para ir á buscar alimentos de que gustan con preferencia; pero vuelven presto. Otras, que son las verdaderas aves de paso, se reúnen en ciertas estaciones, parten en bandadas y pasan á nuevos climas. Algunas se contentan con ir de un país á otro, á donde las atraen el aire y los alimentos; y muchas atraviesan los mares, y emprenden viajes tan largos que causan admiración.

Las aves de paso mas conocidas son las codornices, los ánades silvestres, los chorlitos, las chochas, las golondrinas, las grullas y algunas otras que se sustentan de gusanos. Las golondrinas pasan en la primavera de África á Europa, para gozar aquí de un calor moderado. En otoño se aprovechan del viento norte para dejar la Europa; y levantando en el aire una de sus alas á manera de vela, batiendo la otra como un remo, rasan las olas del Mediterráneo, y van á buscar en Egipto y Berbería un temple benigno y semejante al de los climas que abandonan. Reúnense en bandadas apiñadas y numerosas, y sucede con frecuencia que caen cansadas en los navios, donde las cogen fácilmente.

Hacia fines de setiembre ó principios de octubre, segun la temperatura de la estación, es cuando las golondrinas dejan nuestras regiones para pasar á países calientes. Entonces se juntan

en gran número sobre las cornisas y cumbres de los edificios, y se hacen oír sin cesar por un chillido que es como el toque de reunion. Congréganse todas las familias de la propia especie para prepararse á la partida: aumentase mas la caravana con la reunion de golondrinas de diferentes clases, á quien un mismo instinto lleva á juntarse con las otras para viajar reunidas. Se han visto llegar al Senegal á nuestras golondrinas de Europa en la segunda semana de octubre: tambien se las encuentran en el mar. Mas no anidan en aquella ardiente region, sino que salen nuevamente de ella hácia fines de marzo, y vuelven á habitar los parajes que habian dejado el otoño precedente. Un naturalista quedó bien asegurado de ser así, mediante una experiencia muy sencilla; pues habiendo atado al pié de algunas golondrinas un hilito teñido al temple, vió el año inmediato á estas mismas aves con el propio hilo que no habia perdido el color. Pero las golondrinas domésticas no tornan á poner sus huevos en el nido del año anterior, pues construyen otro nuevo bajo del antiguo, si el lugar lo permite. Se han llegado á ver hasta cuatro, en años consecutivos, unos debajo de otros en el cañon de una chimenea.

Los zorzales, los estorninos, las codornices, los pinzones, las currucas y otras aves parten en otoño; y entonces es cuando las chochas y agachadizas llegan á nuestras regiones. Sin embargo, el estornino no es propiamente ave de paso mas que en los países frios, como en la Suecia. Desde que los estorninos dejan sus nidos, se reunen en grandes bandadas. Su vuelo tiene una singularidad que no se halla en especie alguna, y se diria estar reglado á ciertas leyes de táctica. Remolínanse sin cesar en el aire, y al paso que su instinto los arrastra hácia el centro del remolino, la rapidéz del vuelo los lleva continuamente mas allá. Circulan así, cruzándose en todas direcciones, y la esfera entera parece girar sobre sí misma, sin seguir direccion constante. Por lo demás, esta circulacion no es inútil á los estorninos; pues alejan con ella las aves de rapiña, que harian muy mal en empeñarse en este espeso torbellino, donde quedarian expuestas á mil choques diversos.

Los ánades silvestres van, al acercarse el invierno á buscar climas templados. Congréganse todos en un cierto dia y parten juntos: por lo comun forman una larga columna, á manera de una I, ó dos líneas reunidas en un punto, como una V vuelta: un ánade vá al frente, y despues los otros en hileras, que se abre cada vez mas. El que hace la guia, hiende el aire y facilita así el paso á los que le siguen, cuyo pico descansa

siempre sobre la cola del que va delante. El primero, ó el conductor, solo está cierto tiempo encargado de esta penosa comision; pasa después desde la punta á la cola para descansar, y es relevado por otro.

Largos triángulos de ocas silvestres y de cisnes van y vienen cada año del Mediodia al Norte; pasan sin extrañeza por encima de las ciudades de Europa, y se desdeñan de sus fecundas campiñas, surcadas de verdes trigos en medio de las nieves. Cuando los inviernos son muy crudos, dejan las ocas silvestres nuestras regiones para internarse en el Mediodia, y después de la estacion del frió, todas vuelven á pasar al Norte, donde se introducen en los países mas septentrionales como la Groenlandia, Spizberg, etc. Segun algunas observaciones, al parecer bien hechas, en el Norte de Europa, las ocas domésticas dejan por la primavera la casa de sus dueños para ir á pasar el verano y anidar en las lagunas remotas, de donde vuelven por el otoño, conduciendo consigo sus gansaroncillos á las habitaciones que habian dejado, las que saben reconocer, y en las cuales los alimentan durante el invierno.

(Continuará.)

M STURM.

CANTO Á LA PÁTRIA

Oigo, pátria, tu aficcion
y escucho el triste concierto,
que forman tocando á muerto
la campana y el cañon.
Sobre tu invicto pendon
miro flotantes crespones,
y oigo alzarse á otras regiones
en estrofas funerarias,
de la Iglesia, las plegarias,
y del arte, las canciones.

Lloras, por que te insultaron
los que su amor te ofrecieron
á tí, á quien siempre temieron
por que tu gloria admiraron.
Á tí, por quien se inclinaron
los mundos de zona á zona,

á tí, soberbia matrona,
que libre de extraño yugo,
no has tenido mas verdugo
que el peso de tu corona.

Doquiera la mente mia
sus alas rápidas lleva,
allí un sepulcro se eleva,
cantando tu valentía.
Desde la cumbre brabía,
que el sol indio tornasola,
hasta el África, que inmola
sus hijos en torpe guerra,
no hay un puñado de tierra
sin una tumba española.

Tembló el orbe á tus legiones,
y de la espantada esfera,
sujetaron la carrera
las garras de tus leones;
nadie humilló tus pendones
ni te arrancó la victoria,
pues de tu gigante gloria
no cabe el rayo fecundo,
ni en los ámbitos del mundo,
ni en el libro de la historia.

Siempre en lucha desigual,
cantan tu invicta arrogancia,
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial.
En tu suelo sin rival,
no arraigan extraños fueros,
por que indómitos y fieros
saben hacer tus vasallos
frenos para sus caballos
con los cetros extranjeros.

¿Y aun hubo en la tierra un hombre
que osó profanar tu manto?
¡espacio falta á mi canto
para maldecir su nombre!
Aunque el recuerdo me asombre,
con ánsia abriré la historia;
presta luz á la memoria,
y el mundo y la patria á coro
oirán el himno sonoro
de tus recuerdos de gloria.

Aquel génio de ambicion,
que ébrio de orgullo profundo,
cantando guerra, hizo al mundo
sepulcro de su nacion;
hirió al ibero leon,
ansiando á España regir,

y no llegó á percibir
ébrio de orgullo y poder,
que no puede esclavo ser
pueblo que sabe morir.

Guerra!... gritó ante el altar
el sacerdote con ira,
¡guerra!... repitió la lira
con indómito cantar.
¡Guerra!... gritó al despertar
el pueblo que al mundo aterra;
y cuando en hispana tierra,
pasos extraños se oyeron,
hasta las tumbas se abrieron,
gritando, venganza y guerra!

La vírgen con pátrio ardor
ansiosa salta del lecho,
el niño bebe en el pecho
ódio á muerte al invasor.
La madre mata su amor,
y cuando calmado está,
grita al hijo que se vá,
«pues que la patria lo quiere,
lánzate al combate y muere,
tu madre te vengará!...»

Y suenan pátrias canciones
cantando santos deberes.
y van roncadas las mujeres
empujando los cañones.
Al pié de libres pendones.
el grito de patria zumba,
el rudo cañon retumba,
y el vil invasor se aterra,
y al suelo la falta tierra
para cubrir tanta tumba.

Mártires de la lealtad,
que del honor al arrullo,
fuisteis de la patria orgullo
y honra de la humanidad,
en la tumba descansad.
Que el valiente pueblo ibero,
jura con rostro altanero,
que hasta que España sucumba,
no pisará vuestra tumba
la planta del extranjero.

B. L. G.

CALVARIO Y REDENCION

CARTAS DE TRES HERMANOS

El doctor San Roman, á María de Osorio.

Permítame V. que la escriba, amiga mia, por que amiga puedo llamarla. Aunque nos hemos encontrado hace poco tiempo en el camino de la vida, Dios ha dispuesto los hechos de modo que nos conozcamos perfectamente. V. no puede dudar que tiene en mi corazon un lugar privilegiado, como yo no ignoro tampoco los tesoros de bondad y virtudes que encierra su alma.

Médico, cuya mision es curar los dolores del cuerpo ¿porque no he de procurar tambien mitigar al menos los del alma? Yo sé que hay pesares que no tienen remedio, pero pueden tener un lenitivo. El que V. sufre es uno de ellos!

Sin embargo, el poder alzar al cielo el pensamiento sin que lo empañe una sombra de mancha; el poder esclamar al sentir fija sobre nosotros la mirada de Dios, «Señor, he cumplido con mi deber; hé luchado y hé vencido, aunque esté la victoria empapada en lágrimas:» esto María, vale mucho, y debe ser un inmenso consuelo para su pobre corazon.

Yo espero tambien que su sacrificio no será esteril. Al menos, si la tormenta purifica la atmósfera y hace que brille mas hermoso el sol, la borrasca de su alma tambien ha disipado las nubes que envolvian la razon de Amelia, y hoy empieza á lucir en ella la luz purísima de la verdad y la virtud.

V. le ha mostrado la senda del bien, marchando delante de ella y señalándole el camino: V. le ha enseñado que no hay pasion que no se venza, ambicion que no se domine, afecto que no se mate, ni delirio que no se enfrene, cuando escrita en el alma, é iluminándola por completo, se encuentra esta sola y hermosa palabra, DEBER. La condesa ha admirado su noble conducta de V., su dominio sobre sí misma, y su heroismo y su lealtad, y como todo aquello que admiramos quisiéramos imitarlo, ha sentido jermínar en su pecho la mas noble de las ambiciones, la emulacion de la virtud, y ella, impresionable é impetuosa por naturaleza, se escede á sí misma, y sigue una conducta que pudiéramos llamar subli-

me, y que tarde ó temprano conseguirá una recompensa.

Ha empezado á luchar por recobrar su imperio en el corazon de Horacio; por conseguir que olvide el extravio de un instante; pero lucha noblemente con armas dignas y por medios leales.

Yo que les acompaño, yo que leo en el alma de ambos, puedo avalorar y comprender su conducta, y la encuentro admirable y sublime.

Por una especie de mudo convenio, ni una palabra pronuncian que se refiera al pasado; bien es verdad que solo en presencia mia y de los criados se cruzan algunas frases entre ellos, y esto sin duda solo por guardar las conveniencias sociales.

Despues de las horas en que están juntos por una fórmula imprescindible, cada uno vive aislado; Horacio sobre todo, pues creyéndose herido en su dignidad, si no en su honra, se muestra ofendido, y busca indeciso el camino que debe seguir.

Amelia que comprende esto, aprovecha las menores ocasiones para rehabilitarse á sus ojos de un modo indirecto, y á fuerza solo de cariño, de dulzura, de bondad suma.

Por una intuicion del alma sin duda, adivina todo lo que el conde podia admirar ó hallar de grande y puro en V., y procura mostrar á sus ojos que ella posee tambien las mismas altas cualidades, sin hacer alarde ni ostentacion de ellas.

Si cuando estamos juntos se acerca al piano, nos hace oír las mismas dulces y sencillas melodías que V. sabía arracar á sus teclas.

Si tiene á Elvira á su lado, le repite las palabras que V. la decia, la dá las mismas lecciones, y al pronunciar su nombre de V. parece que lo hace con respeto infinito, y con un acento timbrado por el cariño y la emocion.

Dos ó tres veces he visto á Horacio fijar en ella una mirada llena de gratitud, á la cual ha contestado ella con una sonrisa tan melancólica que parecia estar empapada en llanto.

En cuanto á Horacio, nada quiero ocultarle, por que es inútil, y V. debe saberlo todo.

Al dia siguiente de su partida nos encontramos en la alameda de la fuente donde nos vimos por primera vez. El estaba sentado en el banco de piedra, con la frente oculta entre las manos, y tan abstraído, que no me sintió llegar hasta que estuve muy cerca, y contemplándole algunos instantes.

Una exclamacion de pesar que se escapó de mis labios llamó su atencion, y alzando la cabeza y tendiendome una mano.

—¡Ah! es V. doctor, me dijo; perdone V. que no le haya visto: estaba tan distraído!

—Ya lo sé; exclamé, y si la amistad me diera derecho á hablarle con entera franqueza...

—La gratitud que me inspira se lo dá cumplido para todo, murmuró interrumpiéndome con rapidéz.

—Pues bien, amigo mio, yo debia reconvenirle á V. al verle de ese modo.

Fue á hablar pero me apresuré á detenerle, diciéndole de nuevo.

—¿A qué negar que la tristeza le abate, que el desaliento domina su alma? ¿á que negar que la gratitud y la alegría que debia sentir por el inmenso beneficio que Dios acaba de concederle, han quedado olvidados y desvanecidos ante un sentimiento que no me atrevo á calificar? V. sufre Horacio, y ese sufrimiento es una ofensa á Dios, que tantos dones le concede.

—Tiene V. razon doctor, pero debemos convencernos que la tierra no es una mansion de felicidad cumplida, y que siempre al corazon le falta algo; le faltan algunas gotas de agua para templar la sed insaciable que le agita.

—¿Y ese algo...?

—Es en mí ahora, una ilusion que ha muerto, y una realidad que no está á mi alcance.

Guardamos silencio por un instante, y al cabo continuó con una agitacion y una energía indecible.

—Yó, doctor, soy un alma escepcional y extraña. Los demas seres toman parte en las alegrías ó vanidades de la vida; yo las miro con indiferencia ó desden, creo que existe en nosotros algo mas grande, mas elevado que las formas y las apariencias. Yo busco lo que nos asemeja á Dios; yo busco solo el alma, y la que yo escojí para compañera de la mia, ni alcanza á comprenderme, ni á identificarse con mis ideas y mis aspiraciones. Lo que yo juzgaba oro purísimo de buena ley, lo he visto convertido en arcilla; yá ve V. que el cambio es terrible, y que la impresion que esto produce en mí es dolorosa en demasía.

—Hablemos como des buenos amigos, conde; le dije con dulzura, precisemos los hechos, y tal vez modificará V. esa opinion que amenaza destruir su dicha para siempre.

—¡La dicha! no puede haberla para mí.

—Eso... eso es exajerar quizá.

—No, amigo mio, no: V. mismo ha podido juzgarlo, ¿á qué fingir, á qué callar si V. ha tomado una gran parte en los sucesos de estos dias, si V. lo sabe todo? Amelia me ha ofendido... Amelia me ha engañado... Sí, me ha engañado aprovechándose cobardemente de una mentira

piadosa, y arrojando sobre una frente limpia y sin mancha la sombra de una falta que solo debe pesar sobre ella.

—Nódé V. tal valor, amigo mio, á un hecho que solo la casualidad ha preparado acaso, y que...

—¡Oh! no hablemos mas de esto doctor, el pasado no tiene remedio; solo me preocupa la conducta que debo seguir en adelante.

—¡Cómo! ¿qué quiere V. decir? intentaria V. quizá...?

Adivinó sin duda mi pensamiento: yo juzgaba que al hablar, pensaba en V. pero él me miró dolorosamente, y me dijo con emocion profunda.

—Nó, V. se engaña, los pobres mortales solo podemos elevar nuestro pensamiento á los piés de los ángeles para amarlos y bendecirlos desde muy lejos!

—Perdone V. Horacio; le respondí confuso sin tratar de negar mi sospecha; perdone V., pero entonces... no comprendo que es lo que quiere ó que es lo que intenta.

—Separarme de estos lugares, poner una valla eterna entre lo pasado y lo porvenir.

—¡Cómo! dejar á Amelia!

—Tranquílcese V., su suerte quedaria asegurada y su nombre libre de toda sospecha.

—¡Dejar á Elvira!

—¡Eso es lo que me mata! ¡mi hija! ella es lo único que me queda en el mundo. ¡Cómo avenir estos extremos! Calló un instante y ocultó la frente entre las manos, preso de una muda y terrible desesperacion.

—Vamos, amigo mio, le dije yo, es forzoso que V. se tranquilice, es preciso que medite sobre lo que acaba de decir! No seamos demasiado exigentes los que no somos impecables! Las faltas de la imaginacion son mas disculpables que las del corazon, y pregunte V. al suyo si está libre de toda culpa?

Nada me respondió, y yo procuré volverle á la quinta, aunque proponiéndome no dejarlo ni un instante, y espiar su conducta y todos sus pasos.

¡Oh! mas vale que me haya manifestado sus pensamientos. Su silencio era mucho peor: ahora ya sé el mal que hay que combatir, y puede V. estar segura, no solo que evitare cualquier cosa que intente, sino que la tendré á V. al corriente de todo.

A pesar de cuanto la he referido, yo tengo esperanzas, ya se lo dije al empezar esta carta: ruegue V. á Dios por ellos, ruegue V. á Dios, que sus súplicas serán oidas, y cuando la calma sonria en esta morada, cuando el sol de la paz vuelva á derramar aquí sus rayos, entonces Ma-

ría pensaremos en V., en hacer menos amarga su suerte, en... no hablemos ahora de esto. Adios, fie V. en mí, y mezcle alguna vez en sus oraciones el nombre de su viejo amigo

Luis Antonio de San Roman.

(Continuará)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SALIR DE LA TUMBA.

(Continuacion.)

Mistress Lowter permaneció largo rato desmayada. Toby la hacia respirar esencias y se calentaba los cascos para encontrar un remedio de salvacion. En el momento en que su señora recobraba los sentidos se dió una palmada en la frente, y con grandes muestras de júbilo, exclamó:

—La salvaremos!

Esto no se referia á mistress Lowter sino á la casa; lo cual, para un criado de comercio debe anteponerse á todo. Y como mistress Lowter le miraba asombrada, añadió por via de explicacion:

—Su Honor P. Lowter ha muerto, es verdad, pero yo lo resucitaré... yo lo resucitaré.

Y cogiendo de la mano á la viuda la hizo entrar en el gabinete del banquero. Tomás Bage entraba cuando ellos salian: vió la carta en el suelo, la cogió y se enteró de su contenido.

Toby abrió un armario y corrió una larga cortina. Mistress Lowter dió un grito; Tomás Bage entreabrió la puerta y miró.

—Es el, ¿no es verdad? exclamó Toby. ¡Oh! es una obra maestra: cien guineas le costó á Su Honor.

En verdad, no era caro. Contenia el armario un maniquí de cera que representaba al banquero y se le parecia maravillosamente á lo cual se prestaba mucho la absoluta inmovilidad de sus facciones. Solo una cosa podia criticarse al autor, el haber dado á su obra demasiada animacion. Peter Lowter tenia mas de maniquí.

Al verlo se llenaron de lágrimas los ojos de la viuda: Toby tomó una actitud humilde y suplicante.

—La señora, dijo, perdonará á un infeliz que ha contribuido á engañarla. Pero su Honor era mi amo y yo debia obedecerle. Todas las noches

salia de casa por esa puerta secreta, cuya existencia ignoraban todos, y se iba á las casas de juego. Yo colocaba ese maniquí en el sillón y encendia la lámpara: vos mirábais al través de los cristales y le creíais ocupado en sus negocios.

—Basta, exclamó la viuda, ¿Por que me lo dices ahora?

—¿Por qué? ¿no me habeis comprendido aun?.. ¿Lo que ha engañado á su mujer no puede engañarlos á todos?

Mistres inclinó la cabeza sobre sus manos: mil dolorosas reflexiones acudieron en tropel á su imaginacion: todas les hacian ver su triste situacion y el desgraciado porvenir que esperaba á su querida Ana. Sin embargo, se negó á la proposicion de Toby.

—Seria una falsedad tan culpable como inútil, dijo desalentada.

—Culpable quizá; inútil, no; dijo Tomás Bage entrando en el gabinete.

—No temais nada, se lo que hay, añadió enseñando la carta del banquero, y podeis contar conmigo.

Dicho esto flechó el lente al maniquí y lo examinó detenidamente.

—Por mi honor os juro, exclamó, que yo seria el primero á quien engañara la invencion de M. Lowter... ¡Que diablo de hombre! ¡no le hacia yo de tanta travesura! Mí querido Toby, habeis tenido una idea luminosa, sois la flor y nata de los criados... Retiraos.

Tomás Bage poseia el arte de hacerse odiar de todos. Toby estuvo tentado de desobedecer esta orden; pero quince años de servidumbre daban al hombre mas rebelde; no se atrevió y tomó el camino de la puerta. Mistress Lowter, abismada en sus reflexiones, no prestó atencion á la entrada de Bage ni á la insolencia con que daba órdenes á sus criados en su presencia.

Bage se habia formado ya un plan; así que se desembarazó de Toby hechó el resto de su elocuencia para convencer á mistress Lowter: le dijo que cuanto mas extravagante parecia la idea, tanto mas difícil seria dar lugar á sospechas: Toby guardaria fielmente el secreto; él se enteraria de la contabilidad secreta del banquero y dirigiria la casa, y mistress Lowter se encargaria de la firma. —¿Alguna cosa habia de hacer! Y bien mirado no cometia ningun delito falsificando la firma de su marido, puesto que tenia la seguridad de cumplir las obligaciones que firmaba con el nombre de Lowter, que era tambien el suyo: finalmente, no se trataba mas que de ampliar un poco el sentido de la palabra *sucesion*.

Todas estas razones alegó Bage y otras varias

á cual mas decisivas; porque era tal su deseo de realizar aquel plan, que llegó á hablar con afluencia. Sin embargo mistress Lowter no se daba por convencida; por fin, Bage, apurado ya, pronunció el nombre de miss Ana, y la pobre madre cedió.

De este modo se encontraron reunidos los tres ingredientes de que se compone un banquero; su cuerpo, sus libros y su firma; completa resurrección!

Al dia siguiente se le puso al maniquí una lujosa bata forrada y se le colocó en un sillón. Luego para que se le viese desde fuera, fué derribado el tabique que separaba el gabinete del despacho de los jefes de seccion y se le reemplazó con un atajado de cristales rayados, á través de los cuales se veia confusamente el perfil del banquero sentado en actitud de profunda meditacion.

Bage habia calculado bien; la estravagancia de semejante sustitucion alejó toda sospecha: cuando se empezó á notar el prolongado encierro del banquero, á nadie le ocurrió la idea de su muerte: los que peor pensaron, creyeron que se habia vuelto loco; lo cual hizo perder algo de su crédito á la casa.

A esto contribuyeron tambien las enormes y continuas defraudaciones de Bage. La debilidad de miss Lowter tuvo un pronto y terrible castigo. Tomás Bage, como jefe supremo de la casa, se hacia cargo de todas las entradas que habia, empleaba una mínima parte para cubrir las necesidades mas urgentes y se reservaba lo demás, retrasando los pagos y destruyendo lentamente el crédito inmenso, fundado por la propiedad é inteligencia del banquero: este habia hecho en algun tiempo fuertes sangrias á la caja; pero siempre se habia detenido donde empezaba el peligro. Bage se habia propuesto hacerse millonario en seis meses y poco le importaba lo demás. El banquero habia tratado á su casa como un bosque; hacia cortes escesivos, pero arreglados; de modo que cubriendo las entradas el déficit, debia retardarse su ruina mientras siguiera esta marcha. El antiguo dependiente, cuando se vió al frente de los negocios cortó ciegamente cuanto se le puso por delante, haciendo caer al golpe de su hacha, oquedales, talleres y hasta los planteles; aquello fué una estúpida devastacion: Bage, mezquino y miserable en sus concepciones, habia soñado que tendria un millon; poco le importaba tener que desperdiciar para adquirirlo, el cuádruplo de esta suma.

Cuando le vió en su poder, quiso otro millon; se pegó como un pólipo al corazon de la casa y decidió no soltar la presa hasta dar con ella en tierra.

Mistress Lowter se habia visto obligada á presenciar esta carnicería pecuniaria y aun á coadyuvar á ella firmando las letras, cuyo producto se embolsaba Bage. Si alguna vez, estimulada por el recuerdo de su hija osaba hacerle algunas observaciones, el infame le enumeraba detenidamente las penas señaladas por el código inglés contra los falsarios.

—Ya veis, señora, decia por conclusion, que no teneis motivos para quejaros, puesto que podia ser infinitamente peor vuestra situacion.

Seis meses despues de la muerte del banquero llevó su imprudencia hasta el extremo de desalojar á mistress Lowter para ocupar él la habitacion contigua al misterioso gabinete. De este modo podia cuidar por sí mismo de aquella prenda de su poder, y encerraba el producto de sus robos en la misma caja de M. Lowter, en lo cual tenia un placer maligno.

Esta caja que no desdecia del mueblaje del gabinete, tenia una cerradura mecánica con multitud de secretos, lo cual era muy raro en aquella época. Cuando se arregló el gabinete no se pudo encontrar la llave, como tampoco la de la puerta secreta que favorecia las escurciones nocturnas del banquero; de esta no se hizo mencion, pero si de la otra que fué hecha de nuevo por el constructor de la caja, y quedó en poder de Bage para su uso particular. Al fin y al cabo la casa no la necesitaba para nada.

A este sentimiento de avaricia y de precaucion reunia Bage otro, que si no era el amor, tenia todo su fuego: queria á miss Ana, pero lejos de favorecer por este motivo á la familia del banquero redoblaba su afan para arruinarla. Se hacia justicia conociendo que no poseia los atractivos suficientes para llamar la atencion de la hermosa jóven, y para llegar á obtener su mano ponía todos sus conatos en arruinarla, equilibrando así en cuanto le era posible su posicion. Cuando se encontró millonario, hizo su proposicion: mistress Lowter la rechazó con desden.

—Todavía tienen ellas mucho, pensó Bage, y yo poco.

Dedicose entonces con mas ardor á su obra, y continuó atestando la caja de oro y de billetes; el crédito de la casa se resintió á fuerza de tan repetidos golpes: Bage renovó su proposicion sin mejor éxito que la vez primera, pero se consoló porque tenia la venganza bajo llave.

(Continuad.)

P. F.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(Continuacion.)

—Oh! ese hombre no será tan cruel, le entregamos el dinero del capital, y el nos esperará por lo demás!

—Tienes razon, murmuró María, no, no será tan despiadado.

Los tres días pasaron en una ansiedad terrible.

Cuando se cumplió el plazo, el agente se presentó.

María y Pablo le entregaron aquellos mil duros, rogándole que hablara á su principal y que le pidiera en su nombre que esperase para cobrar los réditos, puesto que ya se habia reintegrado de su prestamo.

El agente tomó el dinero y salió con muestras inequívocas de disgusto.

Pocos instantes despues. volvia diciendo que á su principal le era imposible esperar, y que queria su dinero, su dinero nada mas.

—Pero, no se lo habian devuelto ya? preguntó Julieta con anhelo.

—Sí, hija mia, pero lo que aquel hombre reclamaba, era el precio de la usura, eran las gabelas, era la sangre del pobre Pablo, que rendido por aquellos días de afán, se sentia morir sin quejarse ni murmurar.

—Oh! señor, exclamaba María, volviendo sus angustiados ojos á aquel hombre; vaya V. de nuevo, vaya V, y dígame á nuestro acreedor que tenga piedad de nosotros, que mi Pablo está peor, mucho peor, y que se morirá si no cede á mi ruego: dígame V. que el médico á declarado, que cualquier sobresalto, cualquier pesar, puede matarle: que espere solo algun tiempo, algunas semanas mas, en las que pueda reparar las fuerzas, y recuperar la calma; entonces volverá á su taller de nuevo, entonces otra vez tomará su pincel, y como ha pagado ahora, lo pagará todo despues.

El agente movió la cabeza y dijo con frialdad,

—Es imposible: es imposible de todo punto, señora.

—Pero, ¿no vé V. que mi esposo está enfermo, moribundo?

—Razon de mas, para no dilatar el negocio, murmuró el agente con repugnante cinismo, pues luego podrian surgir dificultades, entorpecimientos, que ahora...

—Dios mio! gritó María desesperada: pero ese hombre no tiene corazón?

—Oh! si lo tiene, pero es que.... es que lo tiene metido en el bolsillo, respondió el agente sonriendo de aquel chiste infame.

—Y bien: exclamó la jóven irguiéndose con energia, nosotros no poseemos dinero alguno, ya se lo he dicho á V., y ante un imposible se estrellan todas las voluntades del mundo.

—No tanto, no tanto señora: afortunadamente ya hemos cobrado la cantidad principal, y aun que los muebles y los cuadros valen poco... siempre su importe podrá producir otros quince ó veinte mil reales, y sacando los gastos del embargo y venta.... Bahl! siempre habrá sido un negocio en que no se pierde mucho.

Al decir estas palabras, los ojos de aquel miserable recorrian tranquilamente la habitacion, avalorando en su mente todos los objetos, todos los enseres que podia abarcar con la vista.

—Pero... qué dice V.? preguntó la jóven alarmada de nuevo, ¿y se atreverian...?

—Estamos en nuestro derecho! contestó el agente solamente.

La pobre María se cubrió el rostro con las manos y empezó á llorar amargamente. Y su dolor era mayor ante aquella amenaza; pues no solamente Pablo se hallaba en un estado alarmante, sino ella misma se sentia en visperas de ser madre!

Y sin embargo, aquel hombre no se conmovió: no se alteró por un instante. Tenia órdenes inapelables y terminantes, y por otra parte, el agente y el principal eran dignos uno del otro: ninguno de ellos tenia corazón!

No hubo, pues, piedad ni misericordia, y al día siguiente, sin que bastasen ruegos ni lágrimas á impedirlo, la justicia se presentó en aquella casa, y María y su esposo sorprendidos con aquel atropello, se encontraron en la situacion mas cruel.

La verdadera desgracia, la desgracia de las personas pundonorosas y delicadas, se agrava mas con la publicidad y la vergüenza: Pablo y María, no sabian donde ocultarse, no sabian donde huir ni que hacer, para que nadie comprendiera su estado.

¡Ay! hijos míos, en aquellos momentos de afliccion, la jóven derramó muchas lágrimas, por que es cruel, es terrible verse en un instante despojado de cuanto poseemos, de todo aquello que forma nuestro bienestar, nuestra vida casi,

La justicia que en tales casos y obligada por las circunstancias, se pone de parte del opresor y en contra del oprimido, inventarió, valuó y anotó todo cuanto habia en aquellas habitaciones, nido poco antes del amor y la paz. Pablo ajitado de vez en cuando por terribles estremecimientos nerviosos, veia todo aquello con la mirada sombría y los labios contraídos. Sin embargo, faltaba aun lo mas doloroso de aquella escena.

Los agentes de la justicia se dirigieron al taller del artista; á aquel santuario de su gloria, de su inspiracion, de sus ensueños, ¡ay! aquel instante fué terrible!

El jóven temblaba á la par de ira y de dolor. ¡Allí tambien aquellas gentes indiferentes, avaloraron las horas de trabajo y las vigiliass del pintor; sus luchas, sus esfuerzos, sus horas de afán, contando por números y guarismos el sudor de su noble frente, y los rayos de luz que el génio habia derramado en su mente.

Pablo no hablaba, no pronunciaba una sola frase, pero sus labios contraídos, su rostro pálido y demudado, decian bien claramente que una lucha horrible se agitaba en su alma, y que su corazón su hacia pedazos al choque de su impotencia.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.